



## Navidad, Misa de Medianoche

En esta eucaristía de la noche de Navidad celebramos el gran misterio de Dios hecho hombre y del hombre hecho Dios, que se manifiesta en el nacimiento de Jesús en Belén, dado a luz por María.

Según lo anunciado por Dios previamente a María y a José, el niño que nace en Belén ha sido concebido por obra del Espíritu Santo, es el Mesías heredero del reino de David, que no tendrá fin, y será llamado Hijo del Altísimo, Hijo de Dios (Lc 1, 26- 38). El nombre de este niño será Jesús, que significa “Dios salva”, “porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21).

“Salvar a su pueblo de sus pecados” es la finalidad que pretende el asombroso misterio del nacimiento del Hijo único de Dios como hijo de María. San Pablo lo expresó de modo semejante: *“Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial”* (Gal 4, 4-5).

El hijo concebido y dado a luz por la Virgen María es el Emmanuel, el Dios con nosotros, en el cual se cumple todo lo que Dios había dicho por medio del profeta Isaías (7, 14).

El nacimiento del Salvador es anunciado por el ángel a los pastores, los pobres de Israel (cf. Lc 2, 1-14). Los pastores, obligados por su trabajo a una vida nómada, eran considerados en la cultura de la época como personas impuras y excluidas de la vida litúrgica oficial. Por ello, el hecho de que los pastores sean los primeros destinatarios del anuncio del nacimiento del Hijo de Dios, es significativo de que estos pobres, marginados y despreciados, son los predilectos de Dios y los elegidos para ser testigos de su presencia entre nosotros. Es como un anticipo de lo que va a ser el anuncio del Evangelio a los pobres (Lc 4, 18; Mt 11, 5), sencillos y humildes; éstos son declarados dichosos porque Dios les revela y da a entender los secretos del reino de los cielos, que esconde a los sabios y entendidos ( Lc 10, 21).

Según el Evangelio de Lucas, el ángel del Señor se dirigió a los pastores proclamando: «No temáis, os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2, 10-12).

La señal del nacimiento del Salvador es el niño acostado en el pesebre. En este niño se cumple lo que había profetizado Isaías, según la primera lectura de hoy: El niño nacido brilla como una luz grande para el pueblo, que camina en sombras de muerte, y le trae la



alegría de su liberación del yugo del opresor; porque el niño del pesebre es el Príncipe de la paz sin límites para el reino de David: *“Porque un niño nos ha nacido... y es su nombre... Príncipe de la paz... sobre el trono de David y sobre su reino”*.

En consecuencia, el coro del ejército celestial viene a ratificar el primer anuncio del ángel a los pastores, proclamando que el niño acostado en el pesebre va a hacer realidad la gloria de Dios en el cielo y la paz a los hombres; la paz no ya solo en el reino de David, sino a todos los hombres, porque todos son amados de Dios. La paz que procede del amor de Dios es la verdadera paz sin límites.

El hijo que se nos ha dado viene a dar gloria plenamente a Dios por su comunión perfecta de vida y de amor con el Padre y por su obediencia fiel a la voluntad del Padre hasta la muerte. De esta manera cumple su misión de salvar al pueblo de sus pecados y trae a los hombres la paz con Dios y con los hermanos. Los hombres reconciliados con Dios tienen su paz y son un canto a la gloria de Dios. Como explica San Ireneo de Lión, “la gloria del hombre es Dios; el hombre, en cambio, es el receptáculo de la actuación de Dios, de toda su sabiduría y su poder... Si el hombre acoge sin vanidad ni jactancia la verdadera gloria procedente... de quien lo creó, y si permanece en el amor, en la sumisión y en la acción de gracias a Dios, recibirá de él aún más gloria, así como un acrecentamiento de su propio ser, hasta hacerse semejante a aquel que” nació y murió por él. La gloria de Dios es este hombre que vive en comunión con él.

**La gloria de Dios anunciada a los pastores es una gloria bien diferente de la que imaginamos los hombres: es la gloria de la humildad y del descenso de Dios, que hoy comienza a hacerse visible y llegará su culminación en la gloria de la cruz del hijo del hombre. (cf Jn 12, 23).**

Según narra a continuación el Evangelio de Lucas, los pastores acogen el asombroso anuncio de los mensajeros de Dios. Apenas volvieron los ángeles al cielo, ellos se pusieron en camino hacia Belén para ver lo que había sucedido y el Señor les había comunicado. *“Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”* (Lc 2,16). Hallaron entre sus padres al niño que les había sido anunciado como señal del nacimiento del Mesías. Se manifiesta el Salvador en un niño rechazado ya desde el regazo materno, para el que *“no había sitio... en la posada”* (Lc 2, 7); en un recién nacido envuelto en pañales, figura de la impotencia y de la dependencia de los demás, que caracteriza nuestra condición humana; en un niño acostado en el lugar donde comen los animales. Y es precisamente ese niño la manifestación viva de la gloria de Dios, cantada por los ángeles; un Dios rechazado por nosotros; un Dios débil según nuestro pensar; un Dios lejos de los lugares de lujo, de pompa, de poder, acostado en un pesebre.

Después de haber contemplado esta escena, a la vez ordinaria y llena de misterio, los pastores se convirtieron en anunciadores: *“contaron lo que el ángel les había dicho de ese niño”*. Después de ver, repiten el anuncio que habían recibido y creído. Por su fe



están ya implicados personalmente en el anuncio y se convierten en testigos; no se quedan en simples espectadores de un hecho sucedido.

Esta misma es la experiencia de fe que cada uno de nosotros está llamado a realizar en su propia vida cristiana: nuestra fe no añade un contenido nuevo a lo que se nos ha transmitido; nos convierte en anunciadores más convencidos y fiables del “evangelio eterno” (Ap 14, 6). En otras palabras, los creyentes de todos los tiempos, lo mismo que los pastores, pueden afirmar “*que han habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho*” (Lc 2, 20). Y de esta conciencia surge, lo mismo en los pastores que en todos los cristianos, la alabanza y la acción de gracias a Dios por las maravillas que ha obrado para nuestra salvación.

Lucas anota al final que “*María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*” (Lc 2, 19). Su fe es una fe pensada, un guardar activo, que confronta la palabra de Dios con la realidad, tratando de comprender la razón y el significado de cosas que pueden parecer sin relación o incluso contradictorias entre sí. Para ella, igual que para los pastores, no ha debido de ser fácil armonizar la grandeza del anuncio recibido del ángel (cf. Lc 1, 30-35) con la pequeñez de los sucesos que contemplan sus ojos. Pero también María, como los pastores, es el ejemplo del discípulo que vive a la escucha y en camino: un discípulo puesto en camino por la revelación del modo sorprendente con que Dios ha elegido hacerse hombre en Jesús; un discípulo que ilumina e interpreta con la luz de la fe aquello que escucha, ve y vive. A esta meta se orienta la meditación del Misterio de la Navidad, en la que hemos de permanecer, para que se haga realidad en nosotros la vida plena de los hijos de Dios, que recibimos cuantos creemos en el nombre del Hijo de Dios (cf. Jn 1, 12).

Nuestro testimonio de la luz, la alegría, la paz, la salvación de los pecados y la filiación divina, que se nos han anunciado en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios, hemos darlo con fe viva, que se hace operante por el amor a cuantos viven en sombras de muerte y, en particular, a los más pobres y humildes, dramáticamente empobrecidos por la falta de trabajo, a causa de la actual crisis. Son ocho mil cien las familias de Salamanca cuyos miembros carecen todos de empleo y de prestación. Os pido a todos la generosa colaboración con Cáritas, para atender las necesidades de tantas familias. Es lo que corresponde a esta fiesta de la manifestación del amor y la gracia de Dios, que trae la salvación a todos los hombres, y nos llama a llevar una vida sobria, honrada y religiosa, dedicados a las buenas obras, mientras esperamos la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador Nuestro, Jesucristo.

Salamanca, 24 de diciembre de 2010